

La Ascensión del Maestro de Nada

Carric Terillan



Capítulo 1

A las afueras de una ciudad, en medio del desierto, una larga fila de gente esperaba paciente en una estación. El ambiente era caluroso, húmedo y pegajoso, acentuado por ser la temporada de verano y estar cerca del mediodía. La fila se extendía hasta donde podía alcanzar la vista, y un poco más allá. Generalmente las estaciones servían para la espera de buses de transporte, pero ese servicio no llegaba hasta el exterior de las ciudades, estaban allí por otra razón.

Entre toda esa multitud, un chico de cabello gris observaba aburrido el comportamiento de los demás, también esperando su turno de abordaje. Algunos estaban reunidos con su familia, los cuales habían traído algunas sombrillas y carpas, formando un tipo de campamento improvisado. Otros parecían haber llegado desde muy lejos, tal vez de los límites de la facción, o incluso ser forasteros. Un poco más adelante de la fila, algunos solo pasaban el tiempo hermanas, o novias, esperando el momento. No eran pocos los que lloraban y los comunes muertos en vida, dejando que el sol le quemara la cara y el viento secase sus labios.

Entonces, de un momento a otro, algo llamó la atención de este joven. No era muy alto, y su estatura era similar a la de las ruedas de los camiones de carga que cruzaban de vez en cuando la carretera, levantando densas capas de polvo. Un niño de unos diez años, de cabello negro, piel bronceada y mirada atenta estaba caminando siguiendo la larga cola de personas acaloradas. Parece buscar algo, y a falta de alguna mejor distracción, a este joven le interesó. No tenía la edad para ser aceptado dentro, y su familia no lo hubiera dejado solo con tanto sol y entre tantas personas, era muy fácil perderse. Lo único que se le ocurrió, es que tal vez hubiera venido solo, o simplemente estuviera tratando de vender vendiendo algo, como comida o bebida, pues dudaba que pudiera vender cigarrillos o alcohol a esta gente. Teniendo en cuenta que ninguno de los de la cola era mayor de 16, y era algo penoso para los menores de edad consumirlos, o incluso poseerlos.

Por un momento, tuvo la idea de acercarse al niño y preguntarle qué hacía allí. Él necesitaba hacer algo, leer algo, resolver algo. Había venido aquí solo por impulso, y aunque no se arrepintiera de lo que había hecho, la falta de distracciones lo obligaba a pensar, a reflexionar. Sin embargo, todas sus conclusiones lógicas llegaban siempre a un punto muerto: debía de largarse de aquí cuanto antes, o lo lamentaría toda su vida.

Sin embargo, ahí estaba. No se había movido. Su propio orgullo lo mantenía en ese sitio, eso y su vago sentido de la responsabilidad, ¿o tal vez culpa?

-Esto..., disculpe señor-una voz aguda e inmadura le sacó de sus pensamientos- sé que no hay que molestarlo, pero necesito ayuda.

Era el niño de hace unos momentos. Él había dejado de prestarle atención, pero eso había despertado la curiosidad del niño. De cerca se dio cuenta que era un poco más grande de lo que parecía antes, llevaba una camisa blanca doblada hasta los hombros por el calor, además de un pantalón de tela, algo que tal vez hubiera sido elegante al principio del día, pero ahora estaba manchado de huellas de polvo y sudor. El clima tampoco era considerado con él.

- ¿Qué es lo que deseas de mí, plebe... niño? -preguntó corrigiéndose a último momento. Debía de cambiar su forma de hablar.

-Esto... necesito ayuda, con mi hermano, está adelante.

-Y eso que me importa?

-Él necesita hablar con alguien señor

-Busca a otro.

-Debería de ser usted señor.

-Te busca a otro, y ya deja de llamarme señor.

- ¿Entonces cómo lo llamo?

-Ese no es el punto, ya lárgate, tengo suficiente con el jodido sol.

- ¿No es su deber encargarse de eso?

La última frase la había dicho en voz más baja. Los dos chicos de los costados, más concentrados en lamentar su suerte, no le hicieron caso. Ese niño no era tan inocente como aparentaba, y el pelo gris se dio cuenta de eso. Suspiro por un momento antes de preguntar.

-¿Quienes más lo saben?

-Solo yo señor, mi madre me enseñó a reconocerlos. ella es mucho mejor que yo en esto.

Una familia de informantes, en el mejor de los casos, supuso el pelo gris. Ellos eran gente especializada en la recolección de información, la cual vendían luego a quien les pagara, pero era extraño tener gente de este tipo en este lugar, no tendrían razón de estarlo. Ningún noble era

admitido de esta forma, excepto él.

-Y qué quieres que le diga a tu hermano, ¿Que se anime porque va a perderlo todo? - dijo mientras dejaba su lugar en la cola, al final eso solo era una formalidad- por cierto llámame Drake, ya deja eso de señor.

-Pues a mí llámame Oslo, no niño- respondió enérgicamente al alcanzarlo- quiero que lo convenzas de dejarlo, Drake.

-Es la primera cosa coherente que escuchó decir a alguien en todo el día- admitió Drake mientras se dirigían a los primeros puestos-¿Porque quieres que no lo haga?

-Porque él solo quiere llamar la atención, es un poco idiota. Lo conozco se.. Drake.

-¿Lo está haciendo por alguien cierto?

-¿Cómo lo supo?

Es mi caso, pensó Drake.

-Es la única razón que se me ocurre, ahora dime quién, podría ayudar un poco.

-Se llama Liesel, es una chica del barrio. Ha estado tratando de salir con ella por mucho tiempo, pero ella no está interesada, y bueno, ella pensó que esto sería un reto que nunca intentaría.

-Por lo que has dicho tu hermano parece un idiota.

-No lo es, solo está enamorado, mamá dijo que papá también fue así, por eso no interviene.

-¿Entonces sabe lo que va a hacer?

-No, salimos muy temprano de la ciudad, y hemos estado caminando desde entonces, no somos nobles.

-¿Cómo se llama?

-Berta

-Tu hermano.

-Ha, Jeremías.

Drake notó ese cambio de tono al final de la clase.

Puede que desprecie a los nobles y su hermano también, no lo culpo por eso, pensó Drake mientras seguían acercándose poco a poco al inicio de la fila. Ya comenzaba a sentir miradas afiladas sobre él. Había muchas más personas de lo que creía, entre ellos incluso pudo ver a un lisiado, en cual sostenía en su único brazo una sombrilla, él no podría ser aceptado a menos que tuviera una buena...casi se le olvidaba.

-Oslo, ¿Cuál es la kinesis de tu hermano?

-¿Qué es eso?

Esa era su definición técnica, pero tenía unas formas coloquiales de llamarse.

-Don, Gracia, Chiste, lo que lo hace útil y tal vez demasiado confiado-explicó exasperado. El sol también había hecho estragos en la paciencia de Drake.

El niño a ver eso, le hizo señas para que se agachara, mirando a los lados como si alguien los estuviera observando. Eso era normal, en este mundo, mientras menos sepan de tu kinesis, menos posibilidades tienen de neutralizarla. La información es un arma, y un hijo de una informante, como Oslo, lo sabía muy bien.

Drake hizo caso, y él le susurro la información . Luego de eso él se incorpora y lo planea por unos segundos, y encontró la manera. Era hora de ponerse la máscara del buen noble.

[...]

Jeremías estaba cansado de seguir esperando en medio del sol. No entendía porque nadie llegaba ya, eran casi el mediodía. Ya deberían de estar aquí, un poco más temprano. Se limpió el sudor con las mangas de su camisa y siguió parado, oteando la carretera en busca de alguna señal de los buses que debían llevarlos.

Él había llegado aquí desde muy temprano, emocionado y entusiasta por la idea de ser admitido. Entonces sería parte de la élite, encargada de luchar contra calamidades vivientes, registrar ruinas antiguas y desmantelar organizaciones corruptas. Pero lo que más le importaba a Jeremías, es que así sorprendería a Lizy.

Este chico la podía recordar, incluso bajo el calor del sol, como era ella. Era de la altura de sus hombros, y tenía un dorado cabello rizado que rodeaba suavemente su fino cuello, salpicado con ligeras pecas color chocolate hasta la punta de su nariz. rostro, que a él siempre le pareció

especial. Sus bellos y profundos ojos negros, acompañados por su sonrisa, la cual siempre ofrecía a todos los que hablada, que mostraban lo amable y servicial que eral. Él siempre había querido estar a su lado, y en cierta manera lo estaba, pero de la manera que quería. Ellos habían sido amigos desde niños, vecinos desde que tenía memoria. Para que por fin lo aceptara, solo debía de lograr este reto. Una prueba más para que fuera suya, y él de ella.

Luego de un rato, este joven enamorado decidió recostarse en una columna de la estación que tenía detrás suyo. Como había llegado temprano, pudo sentarse dentro de la parada de buses, donde al menos había un poco de protección solar, aunque nunca suficiente. Los primeros tenían el lujo de estar allí, y aunque él había llegado a primera horas del día, fue de los pocos en alcanzar un asiento. Después de acomodarse, cerró los ojos por un momento, adormecido por el bochorno que generaba este clima. Su hermano, Oslo, había ido a buscar algo de tomar, regresaría y se refrescarían juntos en seguida. No había problema con él, era inteligente y sabía cuidarse. Poco a poco, su respiración se hizo más lenta, sus pensamientos a divagar, estaba durmiéndose. Hasta que una patada lo tiró al piso, revolcándolo y estrellando su cabeza contra el duro y sucio suelo.

-Escoria mestiza, muévete-una voz le exigió eso desde su espalda-y tal vez considere dejarte tranquilo.

Jeremías se levantó un poco aturdido, pero muy, muy irritado. Escupió la tierra que había entrado en su boca y dirigió su mirada de odio hacia la dirección de la voz. Un chico, un poco más bajo que él, estaba parado frente suyo. Tenía un cabello gris como la ceniza, parado frente a él con una mirada ojerosa de desprecio y condescendencia. Lo reconoció al instante, cualquiera en su familia lo hubiera hecho. Un puto noble trataba de abusar de él.

A su costado, llevaba arrastrando a su hermano Oslo. Estaba lleno de tierra, tratando de levantarse, pero el noble lo mantenía fuera de equilibrio levantándolo del cuello de su camisa. La ira de Jeremías solo aumentaba, el noble estaba metiéndose con todo lo que le importaba, y ni siquiera se molestaba en ocultarlo. El noble de pelo gris se dio cuenta de que miraba al chico que cogía con una mano, y le sonrió.

-Así que eres tú, ¿Verdad? No sé lo que sea de ti, si tu hijo o tu hermano, pero me lo encontré por allí, tratando de robar comida. Y si tú eres el responsable de esto, es justo que como recompensa me cedas el asiento, sé un buen sirviente y obedece.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Jeremías habría preferido arreglar eso en otra parte, deshaciendo del noble en algún lugar alejado, pero aquel idiota había cometido demasiados errores, entre ellos hacerlo enojar.

Ahora él le daría una lección en frente de todos, y le borraría esa sonrisa engreída de su rostro.

Se concentró, y busco el susurro que habitaba en el viento. Siempre estaba allí, pero había aprendido a ignorarlo, y a encontrarlo cuando era necesario. Poco a poco el aire comenzó a despertar, lo rodeaba y acariciaba su cuerpo, quería ser usado, quería que él lo usará.

Las personas alrededor comenzaron a alejarse, el viento que corría alrededor de Jeremías cada vez era más fuerte. Levantaba la arena, cada vez más furioso, cada vez más salvaje. Este efecto también impactó sobre el noble y en su hermano Solo, que ahora la expresión de su rostro había cambiado, ya no trataba de escapar del noble, solo observaba a su hermano, con una expresión de miedo. Algo no estaba bien.

Jeremías podía sentir al viento rugiendo, eso era algo asombroso, nunca antes había sentido algo parecido.

Había oído que las corrientes de aire en el desierto, pero es asombroso, pensó él asombrado. El poder y la energía del viento lo envolvían, y él comenzó a moldearlas. Comenzó dándoles una dirección, para convertirlos en un flujo de aire de alta potencia. Era un viejo truco que había aprendido de niño. Puedes tener la espada más afilada conocida, pero eso nunca le ganaras a una bala. Un solo disparo, y ese noble tendría más cosas de qué preocuparse que robar un sitio.

En ese momento se dio cuenta, no estaba funcionando correctamente. La corriente era demasiado fuerte, el flujo se dispersaba en diferentes direcciones debido a su intensidad. Trató de controlarlo, de dirigirlos a voluntad, pero fracasó. El viento solo se hacía cada vez más fuerte, poco a poco los susurros que sentía se volvieron gruñidos, y ahora eran rugidos de viento que sentía en todas partes. No había forma de poder controlarlos, así que solamente, les dio una dirección a todos, un fin antes de que se dispersaran, que atacaran en dirección del noble.

Las corrientes se retorcieron, él no las veía, pero la podía sentir las, como si fueran el pelaje de un animal moviéndose. Estas se retorcieron y cambiaron de rumbo, algunas se juntaron, se separaron y otras simplemente incrementaron su flujo, todas directo a ese noble. Ya no importaba la forma, sino el resultado, le iba a mostrar el poder de un mestizo.

Sin embargo, el noble no se apartó. Siguió mirándolo con esa expresión burlona y engreída, y por un momento, a Jeremías le pareció que soltaba una carcajada. Dio un paso hacia atrás y movió su brazo hacia adelante. Fue suficiente.

Ahora su hermano iba a ser alcanzado por el ataque. Las corrientes de viento se cruzaban y luchaban. Y Jeremías hizo algo que nunca pensó decirles a las corrientes. Les suplico que pararan. No podía controlarlas, había crecido demasiado. Simplemente no podía.

Pero el viento escuchó.

Las corrientes se calmaron, fue como si nunca hubieran estado allí. Dejaron de ser ventarrones a ser brisas tímidas brisas de nuevo. Poco a poco el ambiente se sumió en un silencio breve. Uno que alguien más aprovecho. Se movió rápido, antes de que Jeremías pudiera reaccionar ya estaba frente suyo. Un puño le impactó en cara y lo derribó, seguido de una patada en las costillas. la siguiente fue cerca de su tobillo, y luego uno tras otro en su rostro.

-Ustedes han visto lo que ha hecho, no es un dotado, no controla su poder. Alguien así no debería estar aquí. Observen lo que han hecho y juzguen por sí mismos.

La multitud callaba. Algunos estaban llenos del polvo levantado por Jeremías, otros llenos de tierra moretones por haber sido tumbados al suelo y arrastrados por las corrientes- Otros trataban de recoger sus pertenencias, mirando disgustados. Habían visto el abuso de un noble, pero el ataque de Jeremías fue personal. Y la arena, el sol y la poca paciencia ayudó a sacar su peor lado.

Al principio solo fue uno de ellos, una mujer obesa que había estado hace unos momentos buscando a su hijo, pero que al parecer no lo había encontrado. Uso lo que tenía a la mano, una botella llena de algún tipo de líquido. Este dibujo un arco en el cielo e impacto en la cara de Jeremías, con una fuerza tal que volvió a tumbarlo al suelo, mientras trataba de levantarse. Luego siguieron otros objetos como cajas de madera y zapatos, y luego fueron las rocas. Ellos querían desquitarse con alguien, el noble les había dado una salida a su frustración acumulada.

Jeremías no podía seguir luchando. El uso de poder lo había dejado débil, y los golpes del malvado noble habían dañado demasiado. Ahora también lo estaban atacando la gente de debería de haberlo defendido. Se incorporó como pudo, y al hacerlo su tobillo crujió. Se alejó cojeando de la fila sin mirar a nadie. Su hermano se acercó y le dio tendió un brazo. Le ayudó a alejarse de la fila, a buscar un lugar donde poder descansar. Se sentía derrotado y exhausto, por dentro y por fuera.

Caminaron poco a poco alejándose de las personas. Les tomó un tiempo superarla completamente, pero en pocas horas habían dejado atrás a ese grupo de gente enojada. El tobillo de Jeremías estaba mucho más hinchado que antes, y poner un dedo en el suelo le producía un ardor tremendo. Así siguieron hasta poder llegar a la siguiente estación, casi

idéntica al anterior, caliente, dura y llena de arena. Apartaron un poco de arena de los asientos, y luego se sentaron. El viento era fuerte le daba en la cara y les hacía cerrar los ojos para evitar que les entrara arena.

Ninguno de los hermanos dijo nada. Jeremías sabía que su hermano se culpaba por no haber podido ayudar, siempre había sido así. Era lo que llamaban nulo, alguien sin poderes, por lo que vivir en un mundo como este era difícil para él. Sin embargo, él no pudo hacer mucho aun con poderes. Aquel tipo había usado a la gente como arma, simplemente se había aprovechado de ese hecho.

En ese momento, a Jeremías Nast se le pasó por la cabeza, por primera vez, la idea de generar un cambio. Una revolución en este mundo en que solo el poder importaba. Esa idea poco a poco crecería, pero por ahora era solo una pequeña semilla.

-Hermano, yo...-dijo Oslo, pero su voz se cortó por un momento.

-Cállate, estoy pensando.

-Solo quería decirte que lo siento.

-Pues no lo sientas, era mi responsabilidad cuidar de ti.

-Yo debería cuidarme solo, pero no puedo.

-Te he dicho que dejes eso. Recuerda lo que escuchamos de mamá hace poco.

-Eso siempre dice, sabes que ella es una manipuladora.

No se equivoca, pero esa vez parecía algo importante, pensó Jeremías. Hace unos días la había escuchado hablar de eso, de personas que buscaban nulos, para enseñarles algo, estaba muy emocionada por eso. Por ello y por la comisión que daban por llevarlos. Para ella seguro sería matar dos pájaros de un tiro, pero nunca dejaría ir a sus hijos sin una buena razón, generalmente.

-Por ahora solo descansemos un rato, debemos de regresar a casa. Esto era una estupidez de todas formas, buscaré otra manera de que funcione.

-¿No será tal vez porque no esté interesada?

Dolía. Realmente dolía. Mucho más que las heridas, los golpes y la posible factura. Pero debía aceptarlo, podría ser. Era muy probable, tal vez sea eso.

-Me dejare de estupideces, se lo preguntare, ya me cansé de hacer el idiota.

Eso daría un final a todo esto, tenía algo más de qué preocuparse. La semilla había sido plantada en su cabeza, y poco a poco se iba desarrollando.

Su hermano Oslo, al escuchar esa respuesta se levantó, hacia un panel algo sucio que había en una de las paredes de la construcción. Estaba lleno de polvo, raspado y abollado en algunas partes, pero aun funcional, tildando con una luz verde característica. Jeremías lo reconoció, y se dio cuenta que él se había recostado debajo de ese aparato en la otra estación de buses, pero que en esa estaba apagada. Tal vez porque iban a ser el recojo de aspirantes en ese punto.

Un pitido sonó de ese equipo, y una voz de una mujer, neutral y desinteresada dijo: *"el transporte para dos personas estará aquí en aproximadamente dos horas, se le volverá a notificar cuanto el vehículo se encuentre a media hora de distancia"*.

Jeremías volteó la cabeza por un momento, ellos no tenían dinero para poder gastar. Es más, esos artefactos necesitaban una tarjeta de crédito, y ellos no tenían ninguna. Eran muy costosas.

-¿Cómo hiciste eso?

su hermano en respuesta, le mostró un lo que llevaba en sus manos. Era una tarjeta completamente negra, que al verla contrasta completamente con el ambiente amarillento y vetusto. Era una tarjeta negra, una que solo usaban nobles y mandatarios por lo poderosísima que era. El solo la había visto el dibujo y afiches de ventas, pero nunca una en persona, pero aun recordaba los rumores sobre ella. EL color negro no solo era usado por verse elegante, sino que tenía un significado, indicaba que no había fondo, que el saldo de esa tarjeta era interminable. Tenerla no era un símbolo de riqueza, sino de poder y respeto. El solo enseñarte te dejaba vía libre en varios recintos exclusivos de las ciudades, aun siendo menor de edad. Esos y muchos otros rumores la rondaban.

Jeremías solo se recostó en su asiento cerrando los ojos un rato. Se la había jugado.

-¿Tuviste eso todo el tiempo verdad?

-Verdad

-y sólo esperaste a que aceptara hablar con Lizy, ¿Cierto?

-Cierto.

-Porque no querías que vuelva hacer estupideces de esta manera.

-Obviamente. aun cuando tu seas el mayor hermano, yo también tengo que cuidar de ti, no iba a dejarte ir hasta que solucionaras eso. Te veías miserable, incluso antes de llegar a la primera estación.

-! Maldito enano manipulador i

-Si quieres culpar a alguien por eso, puedes hablar con mamá, lo saqué de ella.

Jeremías simplemente sonrió. Había olvidado lo astuto que era. Esto al final no fue una completa derrota.

-Solo dime una cosa, ¿cómo fue que la obtuviste?

Conseguir una de esas era difícil, incluso para ladrones profesionales. La mayoría de sus poseedores no la solían sacar, e incluso había oído que tenían compartimentos especiales para poder guardarlas. Generalmente se usaban las doradas, que si bien sí tenían un saldo límite, daban un mensaje similar, pero no tan poderoso.

-Ehmm.. el noble la dejó caer de su bolsillo cuando tus corrientes lo rozaron-dijo Oslo, titubeando un poco, no se esperaba esa pregunta.

Pero Jeremías ya no escuchaba. Él ya estaba muy cansado, su poder requería mucha energía para poder usarse de esa manera, y aunque se le había salido de control, su cuerpo debía de recuperarse. Y así los hermanos simplemente esperaron la llegada del auto encargado, mientras se cubrían de la arena y el sol en un desierto seco y viejo, cada uno cuidando del otro.

[...]

Se escuchó primero como un leve temblor, seguido de un leve sonido de un golpeteo, poco a poco fueron en aumento, y el sonido se tornó en un estruendo. Recién en ese momento, se comenzaron a ver los camiones en el horizonte, o al menos así le parecía a la mayoría de los que estaban ahí sentados, a falta de un mejor término para llamarlos. Estaba compuesto de cuerpos elípticos, como un conjunto de cientos de anillos de metal soldados entre sí, lo cuales le permitía a este vehículo, aun siendo tan grande, tener una notable movilidad, además de darle el aspecto de una oruga escarabajo. Estaba compuesto por cuatro filas de rueda, cada una girando tan cerca a la otra que parecían tocarse, y del tamaño de una

persona adulta. La apariencia que daban en la de bestias de acero aleado.

Ni tarde ni temprano, cavilo Drake mientras se levantaba. Luego de toda la escena anterior, calmar a la gente y dar unas sonrisas más amables, se había quedado dormido en el mismo lugar que el hermano de Oslo. Se levantó con el cuerpo entumecido, y aplicó unos estiramientos para despertar lo antes posible. La fila ya estaba definida, la gente daba sus últimas despedidas, besos, consejos y abrazos.

-Entonces estás seguro de hacer esto, pequeño noble.

Aun un poco adormecido, Drake hacia su costado. Apoyada en una de las paredes de la estación, una mujer de cabellera castaña y tez pálida lo miraba. No era exactamente joven, lo delataban las canas de sus sienes y las ligeras bolsas en sus ojos, pero podía notar esa mirada aguda y juiciosa escaneándolo. Le daba una mala espina.

-¿No irás a tu lugar?, te deben de haber guardado un espacio, no lo debes perder.

-Si sabes que soy un noble, ¿por qué no me detienes? Sabes muy bien que no debo de estar aquí.

-Porque no tengo ese poder, al fin y al cabo es tu vida, noble o no, son tus propias decisiones. Solo recuerda porque estas aquí, y si vale la pena.

Solo por un momento Drake lo pensó, consideró irse. Sin embargo, el recuerdo salió, punzante, fuerte y doloroso. Fue un ligero flash, pero fue suficiente, había tomado su decisión hace mucho.

-Adiós señora. -dijo mientras se encaminaba a su lugar en la fila.

-Que te vaya bien muchacho.

-¿Tiene algún nombre?

-¿Berta, pero acaso importa?, lo olvidarás de todas formas.

-Es mejor saber algo y olvidarlo que nunca haberlo sabido. -dijo Drake. Debía de ser una coincidencia.

Dicho esto, el joven ingresó en la fila, y siguió caminando hasta que entró dentro de los camiones oruga. Forzando un poco la vista, la mujer pudo ver una silueta negra la cual llevaba algo parecido a una capa dentro del vehículo. Un cazador. Ellos ni siquiera se molestaron en bajar, pues de todas formas la fila no necesitaba de algún tipo de guía, la gente había aprendido a ser obediente, por necesidad. Cuando el chico desapareció de su vista, simplemente se alejó de la multitud formada, caminando lejos de

la gente, y activo su kinesis.

La mujer simplemente se desvaneció, ya nadie la podía ver, oír ni sentir, solamente por unas ligeras pisadas que se formaban en la arena, pero que eran cubiertas al instante por el viento. Se alejó caminando hacia donde habían ido sus niños, mientras repasaba lo que vio, una costumbre que practicaba de niña, y que le había ayudado muchas veces.

Había visto todo, como él planeó eso con Oslo, como le entregó su carta negra, como salvó a Jeremías, a su manera. Lo vio activar su kinesis. Era implacable, pero con fin altruista. Contradictorio como todos los nobles.

Al final decidió dejarlo, ya no era su problema. Para bien o para mal, la prescripción comenzaba desde que los admitidos se sentaban dentro de los exobuses. Lo que hubiera sido antes de eso moriría en ese tren. Lo que resultará, dependería de su verdadero poder y naturaleza.